

SUMARIO

El efectivo de las unidades.—*Concepto del compañerismo*, por el capitán Subrió Escápula.—*El empleo militar de los globos dirigibles y aeroplanos*, por Adolfo Engel, capitán de artillería.—*Notas sobre la táctica moderna (conclusión)*, por W. D. Bird.

BIBLIOTECA

Pliego 11 y 12 de «La Argelia francesa», por D. Federico Pita Espelosin, capitán de infantería.

Láminas de «Ametralladoras reglamentarias», por D. Enrique Crespo Cordone, primer teniente de infantería.

Pliego 9 de «Topografía Militar», por D. José Ferré y Vergés, capitán de ingenieros.

EL EFECTIVO DE LAS UNIDADES

Muchas veces nos hemos lamentado, y con nosotros nuestros colegas nacionales, de lo poco nutridas que se encuentran las unidades del ejército activo, defecto que no es posible imputar á causa determinada, sino á una multitud de concausas, hijas de las circunstancias y trastornos que pródigamente ha padecido España en el pasado siglo. Aunque se han realizado y realizan meritorios esfuerzos para remediar el mal, no cabe obtener un resultado satisfactorio en plazo breve, á menos de aumentar extraordinariamente las cifras del presupuesto de la Guerra, en lo que no hay que pensar por ahora, ó variar radicalmente toda nuestra organización militar, lo que acarrearía un desquiciamiento acaso peor que la situación actual.

El remedio debe ser lento, pero continuado y perseverante, prosiguiendo la labor emprendida en los últimos años, tratando de llegar al límite apetecible por vía de evolución y transformación, antes que por radicales mudanzas que no siempre dan los resultados que de ellas se esperan.

Peró es menester no desmayar en esa obra de reconstitución militar, verdadero fundamento de otras que no revisten menos interés.

Solo por la costumbre consideramos sin asombro, antes bien como cosa natural y corriente, que las baterías, escuadrones y compañías alcancen efectivos de 40, 50, 60 hombres á lo sumo en circunstancias normales; y aunque todos nos damos cuenta de lo insuficientes que son aquellos efectivos, limitamos nuestras aspiraciones á tener unidades de 80 á 90 hombres.

Precisamente en estos días, la prensa militar extranjera se ha ocupado

con bastante interés de lo que acontece en el ejército italiano, el cual, desde el punto de vista que consideramos, no se encuentra en mejores condiciones que nosotros. La rivalidad que parece acentuarse á despecho de la triple alianza, entre Austria é Italia, y el deseo de Francia de que Italia se aproxime á ella, han motivado que varios periódicos de esas potencias estudien el verdadero poderío militar italiano; todos han llegado á conclusiones poco satisfactorias para la nación latina, estando de acuerdo en que la potencia efectiva del ejército italiano es inferior á lo que podría creerse atendiendo solamente á los datos estadísticos.

La principal debilidad de aquel ejército reside en el corto efectivo de las unidades (compañía, escuadrón, batería). Mientras que la fuerza de una compañía alemana oscila entre 142 y 159 hombres, cifras superadas en algunos cuerpos franceses, la compañía italiana cuenta con 45 á 90 hombres. Si á esto se agrega que el reclutamiento es nacional antes que regional (y en esto nos encontraríamos en igual caso que Italia), resulta que el día de una movilización el personal de los cuerpos será completamente nuevo y desconocido de los cuadros, carecerá de cohesión, y el ejército de guerra no podrá gozar de las mismas favorables cualidades que el de paz, ni, por consiguiente, podrá contarse con él como con un instrumento conocido y ejercitado. Por otra parte, la instrucción de los cuadros ha de ser necesariamente deficiente, faltará base para una instrucción verdad, y el ejército de operaciones habrá de aprender frente al enemigo, de la misma manera que casi frente á él se ha improvisado más que organizado.

Con otros muchos puntos se relaciona esta pobreza de efectivos, pero ellos desaparecen ante la importancia de los dos expuestos. Preocupándose de esta situación, un general italiano ha llegado á escribir que el verdadero poderío militar de Alemania se funda en el efectivo de paz de la compañía de infantería.

Tomemos estas observaciones como si rezaran con nosotros y aprendamos.

Con la reducción del número de cuerpos activos, no se lograría ninguna ventaja; podrían nutrirse más los subsistentes, con beneficio para su instrucción, pero el día de la guerra no podrían encuadrarse las reservas y resultarían estériles los sacrificios hechos. Obrando de esta manera, se tendría un buen ejército para el tiempo de paz, á expensas de uno deficiente en tiempo de guerra, mientras que con la situación actual aquél es débil, y el segundo, debidamente fuerte por el número, estaría falto de cohesión y de instrucción.

Bastan estas ligeras reflexiones para que resalte una vez más el principio fundamental de que una nación que quiera ser respetada y no verse condenada á consumirse y á merced de los extraños, necesita hacer todos los sacrificios necesarios para sostener un buen ejército, en paz y en guerra.

Para llegar á este ideal, hay que preparar al país y al ejército, demostrando con hechos, y aprovechando las circunstancias favorables, al primero, que sus sacrificios no son estériles, y poniendo al segundo, poco á poco, en condiciones de realizar en toda su extensión su trascendental cometido.

Nada hay tan perturbador ni contrario á la virilidad de una nación como una larga paz después de una guerra poco afortunada pero que no haya herido los sentimientos nacionales. Por las necesidades y el bienestar de hoy, se olvidan los riesgos y peligros de mañana, y concluye por reputarse supérfluo lo que en realidad es, más que imprescindible, substancial con la existencia de la nacionalidad.

El ejército italiano quiso atacar de raíz el mal, y después de un período en que todo parecía halagador, atraviesa ahora una crisis honda y terrible, no ciertamente por culpas propias, sino porque el esfuerzo realizado no estaba en armonía con la potencia financiera y el modo de ser de la nación. Esa crisis acaso pudo haberse evitado, si el deseo de intervenir en los destinos del mundo no hubiese inducido á los hombres de Estado á precipitarse y tratar de ponerse antes de tiempo al nivel de otros pueblos más poderosos. Constituida la máquina, la crisis que la amenaza expone á descomponerla toda ella, so pena de invertir sumas enormes, que de todos modos solo remediarán temporalmente lo que se quiere evitar. Ni las comisiones creadas por el voto del Parlamento para proponer las reformas más urgentes y adecuadas, ni los laudables esfuerzos que realizan hombres patriotas y competentes, han dado solución al problema. El poderío militar italiano tiene algo de ficticio, no está en relación con la nación, y cada día se hace más difícil sostenerlo, mucho más teniendo en cuenta que la máquina guerrera se complica, mejora y perfecciona, es decir, se encarece por momentos.

Aprendamos también en esto, y no pretendamos marchar á paso vivo.

Con los efectivos actuales es imposible que las masas de reservistas queden bien encuadradas el día de la movilización, y que el ejército de guerra goce de perfecta unidad. La instrucción de los cuadros se dificulta, pero acoplando unidades (regimientos y brigadas inclusive), podrá obtenerse aquélla en términos satisfactorios, ya que no excelentes y por completo; y como complemento, y poniendo la vista en el ideal, vayamos aumentando paulatinamente la fuerza de unos cuerpos hoy y otros mañana, hasta haberlos nivelado y elevado todos al efectivo deseado. Si además se van limando defectos y aligerando, también paulatinamente, los gastos que no sean absolutamente necesarios, es indudable que llegaremos á un espléndido porvenir.

En cuanto á la oficialidad, no debe olvidar que el aumento en el efectivo de un solo batallón, obliga á los jefes y oficiales de *todo* el ejército á mejorar y perfeccionar su instrucción propia y la de la tropa á sus ór-

denes. De lo contrario, el instrumento que el Estado pone en sus manos será tanto más imperfecto cuanto menos instruido esté. De donde se infiere, que hemos de desterrar el vicio nacional de esperararlo todo de los demás, y aplicarnos para ser capaces é idóneos y hallarnos verdaderamente en estado de guiar al combate los grandes efectivos que constituyen los ejércitos modernos.



CONCEPTO DEL COMPAÑERISMO

El compañerismo en el Ejército se sale de la esfera de lo conveniente, es, más que una necesidad, una virtud. En verdad, pocas palabras hay que se prodiguen tanto en las relaciones particulares y oficiales entre los que visten uniforme, lo cual es prueba fehaciente de la extraordinaria importancia que todos atribuimos al compañerismo.

Pero, si se deseara puntualizar su alcance y se oyera á todos, á buen seguro que las opiniones serían eminentemente discordantes y se revelarían hondas diferencias de criterio al apreciar el concepto de la referida virtud.

Para unos, el compañerismo viene á ser una especie de manto protector de los defectos y debilidades de la corporación en que se sirve, á la vez que juez y crítico inexorable de las ajenas; otros, ven en el compañerismo un argumento para excusarse á sí mismos de ciertos deberes y para obligar á los demás á cumplir con los suyos; no falta quien en el compañerismo encuentra el medio de participar del prestigio de una colectividad; mientras otros lo traducen como sinónimo de fuerza, lo que les induce á envanecerse y á menospreciar á los extraños; etc., etc.

Todas y cada una de esas diferentes modalidades del compañerismo son nocivas en mayor ó menor grado, porque todas ellas se inspiran en fines personales y en intereses particulares. De donde resulta, que ese compañerismo tiende á particularizar y no á generalizar, á dividir y no á concentrar, á empequeñecer los sentimientos y no á fomentar la abnegación y la grandeza de alma.

Si cupiera una clasificación, podría decirse que hay compañerismos de banquete, de ficción de puertas afuera, de protección para unos y hostilidad para otros, de buenas palabras, de recuerdos históricos; de todo lo imaginable; y muy escaso del verdadero, por la poderosa razón de que éste se funda en lo que durante muchos años se ha practicado poco.

Ahora que, por fortuna, estamos en los comienzos de un nuevo género de vida, resulta oportuno que todos meditemos un poco sobre el verdadero concepto del compañerismo, para ajustar á él nuestros actos en todo lo que sea compatible con los deberes y obligaciones propias.

El compañerismo militar debe fundarse en la *verdad*, servirse como

instrumento de la *anulación de la propia personalidad*, y reconocer como fin *el bien del servicio*. Por consiguiente, no es más que el deber, que á todos alcanza, de ejercer en cualquier caso y situación la facultad que implícitamente se confiere á cada cual para obrar más allá de las órdenes recibidas, dentro del espíritu de las mismas, y obtener la plena consecución del objetivo señalado.

Los reglamentos, las leyes, las órdenes y disposiciones, se contraen á la esfera de los actos, pero no pueden mandar sobre el pensamiento y la voluntad; el compañerismo, en cambio, factor de orden esencialmente moral, tiende á aunar las voluntades y dar unidad á los pensamientos, por lo que resulta el obligado complemento de aquellos reglamentos y órdenes; y aún les supera en importancia, porque suple las deficiencias de los mismos y da calor y vida á lo que ejecutado por el mero cumplimiento del deber no resistiría los embates de la guerra.

No hay que confundir, pues, el compañerismo con la amistad colectiva, ni mucho menos con los intereses más ó menos generales pero siempre de índole personal. Aquél, es *virtud* genuinamente militar; las amistades é intereses secundarios distan mucho de merecer tan honrosa calificación.

Toda manifestación del espíritu y sentimientos colectivos que no se endereza de un modo directo y manifiesto al bien del servicio, aunque ello implique el oscurecimiento del cuerpo en que se sirve ó la aceptación de un puesto desairado, no cabe en el concepto del compañerismo. Este no consiste en atender y ayudar al que se tiene al lado, sino en cooperar con todas las fuerzas al logro de lo ordenado.

Así practicado, el compañerismo militar remedia los yerros de los generales, anula el efecto de los descalabros y concluye por obtener siempre la victoria. Sirvan de ejemplo los ejércitos alemán, en 1870-71, y japonés, en 1904-05.

En esta última campaña, el ejército ruso poseía un espíritu de compañerismo personal, fundado en la amistad y en conveniencias particulares, muchísimo más arraigado que el ejército japonés; pero éste, en compensación, estaba adornado del verdadero compañerismo militar. Las faltas personales, los errores individuales, las torpezas en el modo de obrar ó en la conducta, no encontraban en los japoneses esa atmósfera de benevolencia, de disculpa, de excusa y protección que reinaba en el ejército ruso; mucho más individualistas los nipones, no amparaban al que faltaba, ni se esforzaban porque quedaran ignorados ciertos hechos, como acontecía entre sus adversarios, mas cuando se trataba del bien de la Patria, de ejecutar lo ordenado por el superior, todos obraban como un solo hombre, ponían su entendimiento y voluntad al servicio de lo mandado, desaparecían las equivocaciones y defectos de detalle ante la armonía del conjunto, y no era el general A ó B el que libraba la batalla y triunfaba, sino

todo el ejército el que se sacrificaba y obtenía la victoria. ¡Cálculense los resultados que se habrían reportado si al frente de tales tropas figurara un verdadero genio ó siquiera un eminente caudillo!

Los mismos hechos se observaron, más acentuados todavía, durante la guerra del 70-71. Un compañerismo bastardo no fué parte á evitar que se despojara del mando del 1.^{er} ejército al general de Steinmetz, con todo y haber obtenido las primeras victorias; ni que se reprendiera á ciertos jefes y se ordenase el regreso de otros á Alemania. Faltas mucho más graves eran toleradas y excusadas en el ejército francés, alegándose como justificante de este proceder un compañerismo mal entendido. Y es que entre los rusos y los franceses palpité el compañerismo personal, y entre los japoneses y alemanes el compañerismo del servicio.

Las órdenes recibidas, la convicción de que un compañero obra mal aceptando combate con el enemigo, el temor á incurrir en responsabilidad, etc., justifican en el terreno legal y eximen de corrección material, el abandono en que á veces se deja á una columna inmediata, y aun pueden ser causa determinante de que se realce el mérito propio y el galardón que por él se obtenga; quizás obrando así no padezca el conjunto de las operaciones; más aun, puede acontecer que un amplio compañerismo quebrante determinados planes del general en jefe; pero si éste se mantiene á la altura de las circunstancias, dirige con acierto, y encauza, más que violenta los esfuerzos de la masa, es indudable que el ejército que despliegue en mayor escala un espíritu sano de compañerismo, de solidaridad militar, obtendrá á la postre y en más breve plazo la victoria final, porque ella no resulta de acciones aisladas ni descosidas, por brillantes y heroicas que sean, sino que es fruto de la acción colectiva, de la cooperación general, de la voluntad y deseo unánimes de todos y cada uno: es el ejército quien vence, si está bien mandado, así como son las personalidades A, B y C quienes engendran la derrota.

Aparte de las pasiones humanas, el mayor enemigo del compañerismo militar es el espíritu de cuerpo y el de corporación, tan fecundos en beneficios cuando se mantienen dentro de prudentes límites, como funestos si se desbordan y adquieren preponderancia. Queden para tratados en otra ocasión. Por hoy, basta con dejar consignado que el compañerismo no reconoce como fronteras las personas, los cuerpos, ni los organismos; que no es plausible ni debe fomentarse el que tienda á lograr beneficios de orden material ó moral que afecten á las personas antes que á la finalidad del ejército; que no debe confundirse el compañerismo militar con la unión nacida de intereses legítimos y aspiraciones honradas y justas; que jamás el compañerismo puede servir para excusar lo reprochable y amparar lo torpe ó lo censurable; y que su única y elevada finalidad es la de compenetrar todas las voluntades é inteligencias para alcanzar la mayor eficacia del instrumento ejército, teniéndose siempre presente el ideal

más indiscutible, la Patria, y apartándose y prescindiendo de todo lo que pueda entorpecer el camino para llegar al fin abstracto, en la paz, y concreto, en la guerra, señalado por el jefe del Ejército.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA



EL EMPLEO MILITAR DE LOS GLOBOS DIRIGIBLES Y AEROPLANOS

En los dos últimos años se han realizado tales progresos en la dirección de los globos, que es indudable habrá de tenerse en cuenta ese nuevo factor en la guerra del porvenir, desconocido poco antes.

Parece, por consiguiente, oportuno estudiar el alcance de su influencia sobre la dirección de la guerra.

Actualmente existen, y hay en construcción, dos clases principales de dirigibles: los globos dirigibles (más ligeros que el aire) y los voladores (más pesados que el aire) llamados también aeroplanos.

Los globos dirigibles, en razón de sus grandes dimensiones, constituyen objetivos claros y muy visibles; teniendo en cuenta que su velocidad es, por término medio, unos 50 km. por hora (14 m. por segundo) y suponiendo que el globo se mantenga á una altura de un centenar de metros ó poco más sobre la posición enemiga, quedará sometido á un tiro de fusilería durante 3 minutos aproximadamente, y al fuego de artillería durante unos 10 minutos, dentro de la zona de alcance eficaz. Si el viento es contrario aumentará el tiempo que se tarde en recorrer la zona peligrosa, mientras que sucederá lo contrario, si el viento sopla en la dirección de la marcha.

En el tiempo expresado, una compañía puede dirigir 30 descargas ó más contra el globo, y una batería de tiro rápido 800 ó más proyectiles, bastando una sola descarga ó el impacto de un solo proyectil para provocar el descenso del globo y aun para destruirlo.

Este inconveniente de los dirigibles podría descartarse solamente, haciendo que el globo se mantuviera á una elevación de 2,000 m. ó mayor; en la cual se encontraría en una zona al abrigo de los fuegos de infantería y artillería.

Si la velocidad del dirigible no excede de 13 á 14 m. por segundo, solo podrá marcharse contra el viento si éste sopla con menos fuerza. Pero como en las altas regiones de la atmósfera son frecuentes las velocidades mayores que la expresada, se deduce que no siempre será posible mantener el dirigible en zonas tan elevadas.

Hay que tener todavía en cuenta otras circunstancias: como han demostrado los últimos accidentes, los globos dirigibles requieren costosas estaciones y talleres de reparación en diferentes puntos, donde puedan refugiarse en momentos de temporal, porque las cortas paradas á flor de

tierra exponen á la destrucción del aparato, y la desinflación rápida puede ser cosa tan imposible como si se tratara de un globo cautivo.

A estos defectos de los dirigibles hay que agregar todavía lo delicado de su construcción y su fragilidad, y lo costoso que resulta, no solo el aparato, sino su entretenimiento.

Desde el punto de vista militar, los principales defectos de los dirigibles son su insuficiente velocidad y su escasa altura de vuelo.

La velocidad del globo depende de la potencia que puede desarrollar el motor, y del volumen y forma de la envuelta, influyendo mucho la sección transversal en la resistencia que opone el aire.

Para el equilibrio y la estabilidad en marcha es de la mayor importancia la conservación de la forma del globo durante el vuelo.

Esto se consigue, bien por medio de una rígida envuelta exterior, ó con el empleo de los llamados *ballonnets*, que son uno ó varios globitos llenos de aire que se encuentran en el interior del principal, y que reemplazan con dicho aire las pérdidas de gas, gracias á lo cual el globo conserva su primitiva forma.

Mucho más interés que los dirigibles ofrecen las máquinas voladoras, en particular las llamadas aeroplanos, en las que se han realizado inmensos progresos en estos últimos tiempos, sobre todo en Francia y América, con resultados prácticos. En este particular, figuran en la vanguardia los hermanos americanos Orville y Wilbur Wright.

Este último ejecutó con su aeroplano cerca de Auvours (Francia) el 6 y 10 de Octubre, un vuelo (con un pasajero) de más de una hora de duración, alcanzando una velocidad de cerca de 60 km. por hora.

El 31 de Diciembre llevó á cabo un vuelo de 124 km. 300 m. en 2 horas 20 minutos y 44 segundos, siendo éste el *record* del tiempo, hasta entonces, de los aeroplanos.

La condición impuesta por el Ministerio de la Guerra de los Estados Unidos de América para la compra del aeroplano Wright, es que esta máquina pueda recorrer en un solo vuelo 125 millas inglesas (1 milla inglesa=metros 1,609) á la velocidad de 40 millas por hora. Esta condición equivale á una duración de vuelo seguido de cerca de 3 horas, manteniendo una velocidad media de 65 km. por hora; hasta el presente no se ha conseguido por completo.

Los resultados obtenidos ya con los aeroplanos son de tal naturaleza, que se han establecido fábricas en Francia y Alemania para su producción industrial.

Es, por consiguiente, indudable, que en la primera guerra que sobrevenga figurarán los aeroplanos como el medio más moderno de combate.

Mientras que los progresos de los globos dirigibles son y seguirán siendo muy lentos, las opiniones de todas las personas peritas en la materia están conformes en que apenas hay límites para el progreso de los

aeroplanos, y, especialmente, que su velocidad crecerá en brevísimo plazo, de un modo asombroso.

En pocos años, es de esperar que los nuevos voladores serán tan perfectos con respecto á los actuales, de formas muy primitivas, que entre unos y otros habrá diferencias tan grandes como las que existen entre un carro y un automóvil.

En íntima conexión con el perfeccionamiento y potencia del motor y con el aparato de seguridad para el caso de avería, se encuentra la posibilidad de que se remonte el aeroplano á regiones más elevadas y por lo tanto más seguras.

Desde el punto de vista del empleo para fines militares, los aeroplanos son incomparablemente preferibles á los dirigibles.

Resumiendo, se puede establecer lo que sigue:

a. La rapidez de traslación de los aeroplanos es ya actualmente mayor que la de los dirigibles, y es de esperar que la diferencia se acentue mucho más;

b. Es probable que en un nuevo plazo próximo los aeroplanos alcancen mayor altura de vuelo que los dirigibles, aunque hasta ahora no sucede así;

c. Los aeroplanos presentan al tiro enemigo un objetivo mucho menor que los dirigibles;

d. En los aeroplanos solamente están expuestos al tiro el motor y la tripulación (actualmente, 1 ó 2 hombres), porque las pequeñas averías de los planos tienen poca trascendencia sobre la capacidad de vuelo; mientras que en los dirigibles cualquier impacto en la envuelta da salida al gas y provoca el descenso, así como la inflamación del gas da lugar á la destrucción completa;

e. El coste de los aeroplanos es incomparablemente menor que el de los dirigibles, en particular teniendo en cuenta que estos últimos necesitan talleres y estaciones especiales.

f. El ascenso de los aeroplanos puede efectuarse en cualquier paraje despejado, sin el auxilio de elementos extraños, lo mismo que el tomar tierra. Los dirigibles exigen, en ambos casos, el concurso de muchas personas, sobre todo si el viento es fuerte. En el último caso resulta muy expuesto tomar tierra en un lugar no dispuesto para este objeto;

g. Los aeroplanos son más manejables y transportables que los dirigibles.

En las consideraciones que siguen sobre la táctica y el servicio en campaña de los aeroplanos, se ha tenido presente un tipo de aeroplano ajustado á las condiciones formuladas por el Ministerio de la Guerra de los Estados Unidos.

La primera misión que puede encomendarse á un aeroplano consiste en el reconocimiento general del frente de operaciones del ejército, para in-

dagar los lugares de concentración y despliegue del ejército enemigo. Este reconocimiento puede extenderse hasta una distancia de 100 km. del frente propio (frontera terrestre).

El reconocimiento por medio de aeroplanos debe operarse simultáneamente en toda la extensión del frente, porque solamente así se tendrá un cuadro exacto de la situación del adversario.

El reconocimiento de todo el teatro de operaciones enemigo debe realizarse en un día, diferenciándose en esto esencialmente el reconocimiento por medio de aeroplanos del ejecutado por la caballería.

El objetivo principal consistirá en observar la situación de las fuerzas enemigas, con la ventaja de una perspectiva á vista de pájaro en una inmensa esfera. Para este objeto apenas será necesario detenerse, ni tomar tierra.

El resultado del reconocimiento se resumirá en un informe sobre todo el terreno cruzado por una red de comunicaciones, en una extensión de 200 km. (ida y regreso), recorrido en unas tres horas.

Tal reconocimiento será tanto más provechoso cuanto mejor se haya estudiado el plan á desarrollar, y más aun si se ha equipado el dirigible con planos é instrumentos. La tripulación se compondrá de dos hombres, por lo menos. Uno de ellos es el piloto y encargado de los aparatos de dirección, mientras el otro concentra toda su atención en el reconocimiento.

Este último debe tener á su disposición planos exactos del terreno á reconocer. La escala debe ajustarse á la velocidad y altura de vuelo medios. Los mapas generales en escala de 1: 200.000, suelen ser muy suficientes en este caso. La carta se orientará según la dirección de marcha del aeroplano. Tanto en la carta como en un apropiado libro ó guía de reconocimientos, se habrán anotado señales y observaciones convencionales, las cuales se corregirán y completarán durante el reconocimiento.

Si durante el rápido viaje no se tiene tiempo de anotar esas observaciones y noticias, sobre todo si son largas, se reducirán á lo más extrictamente necesario y se retendrán las demás en la memoria.

Con objeto de que el observador tenga las manos libres y pueda entregarse á una observación permanente por medio de unos gemelos, se sujetarán éstos á la cabeza, valiéndose de una montura especial, de modo que baste un simple movimiento de cabeza para que caigan los gemelos sobre los ojos, ó se aparten á la frente cuando no sea necesario su uso.

También convendría obtener automáticamente vistas fotográficas del terreno que se descubre bajo el aeroplano. La velocidad del obturador del aparato fotográfico ha de estar en relación con la del aeroplano, poniendo en conexión aquél con las hélices de este último.

El plan general de un reconocimiento de esta especie puede sujetarse en principio á las indicaciones siguientes:

Todo el frente que ha de reconocerse se dividirá en sectores de 50 á

100 kilómetros de anchura, destinando á cada sector un aeroplano.

Tomando como ejemplo la longitud de la frontera entre Rusia y Galitzia (prescindiendo de observar los detalles de configuración), que mide 700 kilómetros, se dividiría en siete á catorce sectores, lo cual exigiría el empleo de siete á catorce aeroplanos para el reconocimiento preliminar.

El reconocimiento de las vías férreas, caminos ordinarios y corrientes de agua ha de ser objeto de un cometido especial.

Claro es que habrán de introducirse modificaciones en los itinerarios según sean la forma y longitud de los caminos á recorrer.

En el reconocimiento de una vía férrea, el observador anotará el lugar, tiempo, dirección y composición de cada uno de los trenes que vea; del mismo modo obrará en lo relativo á los transportes que descubra sobre las demás líneas de comunicación.

La longitud de los trenes, es decir, el número de vagones, será un importante dato para discernir la dirección en la cual se transporta el material de guerra.

Además de los datos sobre la fuerza y agrupación del adversario, recogerán también los aeroplanos los correspondientes á los depósitos de viveres, campamentos y, muy principalmente, todos los relativos á las medidas estratégicas, tácticas y técnicas adoptadas por el adversario.

El piloto debe conocer el lugar y momento en que convendrá tomar tierra incidentalmente, con objeto de facilitar todas las labores.

Después de tomar tierra, se enviarán todos los datos importantes recogidos, valiéndose si es posible de los medios más rápidos de transmisión (el telégrafo), al cuartel general.

Las cartas y anotaciones serán completadas y corregidas en seguida y enviadas asimismo al comandante por medio de correos especiales. Si las circunstancias lo permiten, el mismo aeroplano será el portador de estos datos.

Esos datos, en unión de los facilitados por los exploradores y de los indagados por otros medios, servirán de base para conocer los planes del enemigo, y permitirán redactar instrucciones para un reconocimiento detallado que se encomendará á los aeroplanos.

Los reconocimientos de detalle se efectuarán por uno ó varios grupos de aeroplanos, que se despacharán en las direcciones á reconocer.

A cada aeroplano se señalará una faja de terreno de 30 kilómetros de anchura, de los cuales 15 á la ida y 15 al regreso. Las fajas ó zonas de reconocimiento lindarán las unas con las otras.

Además de los reconocimientos estratégicos, que serán ordenados por el gran cuartel general, se ejecutarán otros con un objetivo táctico, dispuestos por el comandante del cuerpo de ejército ó los comandantes de tropas independientes, encaminados á explorar las posiciones de las baterías, reservas, etc.

En lo que atañe á la artillería, se emplearán los aeroplanos como instrumentos de observacion del tiro y reconocimiento de objetivos. Este servicio exigirá un prolongado vuelo de los aeroplanos en la proximidad del enemigo, y será particularmente provechoso en la guerra de sitios.

No menos importancia reúne el servicio de enlace encomendado á los aeroplanos, lo mismo entre los diferentes cuerpos de ejército, que entre las plazas sitiadas y el interior del país. Para esta última aplicación condrá aprovechar la noche.

Otro importante servicio prestarán los aeroplanos durante el sitio de una plaza, reconociendo el terreno de noche con el auxilio de proyectores.

Es indudable que el enemigo procurará á su vez descubrir los aeroplanos valiéndose de sus proyectores; contra este peligro, aplicarán aquéllos toda su velocidad, no presentando un blanco claramente perceptible,

Algunas palabras conviene decir sobre el empleo de los aeroplanos como arma de ataque, y en especial como portadores y lanzadores de explosivos para destruir determinados objetivos. En este concepto, las esperanzas puestas en los voladores son demasiado optimistas.

Sabido es que los proyectiles gruesos de ecrasita ó melinita disparados por la artillería de sitio, se destinan al tiro contra los abrigos acorazados ó de hormigón, porque no conviene emplearlos contra blancos vivientes, ya que contra estos últimos aquellos proyectiles producen tan poco efecto como el de un shrapnel bien dirigido lanzado por una pieza de campaña.

Para que esos explosivos de tan fuertes cargas puedan ejercer efectos apreciables sobre objetivos vivientes, sería menester que cayeran en medio de columnas cerradas ó que la carga fuera enorme (varios centenares de kilogramos), y aun entonces que la explosión se produjera en la más inmediata proximidad del objetivo. También en este caso el efecto marcado solo se producirá sobre columnas cerradas.

En los dirigibles cabe llevar cierto número de potentes explosivos, pero no acontece lo mismo con los aeroplanos, no solo ahora sino en lo que puede preverse en un distante porvenir.

La principal dificultad reside, según han demostrado los ensayos realizados, en dejar caer desde considerable altura los explosivos preparados de modo que al llegar á la superficie de la tierra caigan junto al objetivo deseado, porque basta un ligero viento para desviarlos de la vertical. Ante todo, habría de inventarse un instrumento especial que permitiera determinar esa desviación, la cual depende también de otros factores.

Desde este punto de vista, el empleo de los aeroplanos para destruir plazas fuertes es poco adecuado, á menos que pueda lanzar los explosivos desde muy corta altura, lo cual solo podrá efectuarse de noche.

El empleo de piezas de artillería en aeroplanos y dirigibles no debe tomarse ahora en consideración, sino á lo sumo en un largo porvenir.

Sin embargo, en casos especiales pueden llevar consigo los aeroplanos una dotación limitada de fuertes explosivos, que prestarán buenos servicios para causar daños en grandes puentes, puertos, escuadras ancladas y otros grandes objetivos.

Para que esas operaciones tengan éxito habrá de utilizarse casi exclusivamente la noche.

De todo lo expuesto se deduce que el porvenir reserva á las máquinas voladoras un vasto campo de aplicación en las operaciones militares.

Extractado del «Ruskyi Invalid» y completado por

ADOLFO ENGEL.
Capitán de Artillería

(Del *Mitteilungen ü. g. Artillerie=und Geniewesens*).

NOTAS SOBRE LA TÁCTICA MODERNA

(Conclusión)

En una batalla moderna, el comandante en jefe permanece en una posición lo bastante alejada para no caer en la tentación de desear ver los sucesos con sus propios ojos, pero lo bastante cerca para recibir sin pérdida de tiempo noticias del combate. Seguirá la marcha de la acción por medio de los partes de su cuartel general y de los comandantes de las grandes unidades, limitándose, más que á dirigir, á indicar cuándo y dónde debe ejercerse una presión especial.

Los comandantes de cuerpo y división se adelantarán hasta los lugares desde donde puedan observar y darse cuenta del desarrollo del combate de sus tropas avanzadas. Estos generales pueden ser seguidos por su artillería, la cual hará alto en posiciones cubiertas, mientras los jefes de brigada se informan de la situación y topografía, ordenan el reconocimiento de los caminos y localidades y, si es menester, prescriben la construcción de atrincheramientos en las posiciones de fuego.

En el desarrollo de la acción, los jefes de cuerpo y división han de ponerse en condiciones de dominar toda el área en la que pueda situarse con más ventaja su artillería, y las piezas se dirigirán á los puntos convenientes siguiendo líneas cubiertas.

Probablemente, al principio la artillería romperá el fuego desde posiciones ocultas, ó por lo menos cubiertas con atrincheramientos; pero en los últimos periodos del combate será tal vez necesario y posible servir las piezas al descubierto.

Los comandantes de cuerpo y división pueden retener una parte de la artillería á sus órdenes como reserva de fuego ó para fines especiales, pero el deseo de concentración de esfuerzos y el grande alcance de los cañones modernos, que permite batir cualquier punto aunque el frente sea muy ex-

tenso, inducirá casi siempre á emplear desde el primer momento toda la artillería.

Una vez en posición y sujeta á las instrucciones generales de los jefes de cuerpo y división y á las órdenes particulares para avanzar ó concentrar el fuego sobre determinados puntos, la artillería tendrá como norma principal el cooperar en el ataque de la infantería. De la situación local dependerá que el fuego se dirija contra la artillería enemiga, contra su infantería ó contra ambas á la vez. Como rara vez la artillería enemiga quedará reducida al silencio completamente, los cañones tomarán como objetivo tanto á la artillería como la infantería adversarias, dirigiendo principalmente el fuego contra esta última, á condición de que el tiro de los cañones enemigos contra los nuestros no alcance una superioridad manifiesta.

Ya en acción la artillería, la infantería del cuerpo principal será enviada adelante en cuanto llegue, y en mayor fuerza contra los puntos de más fácil acceso ó más importantes en el concepto táctico; pero con los efectivos estrictamente indispensables para la consecución del objetivo á lograr.

Las unidades de infantería que por el momento no sean necesarias en primera línea, pueden ser empleadas con ventaja, junto con las tropas técnicas, en poner en estado de defensa el terreno en que permanecen.

Comenzada la batalla, los cuerpos y divisiones de caballería se retirarán á retaguardia, y las fracciones no utilizadas para mantener las comunicaciones, la seguridad de los flancos, para el reconocimiento, etc., pueden ser dejadas en reserva ó situadas en posiciones de espera, en lugares propios para la acción á caballo.

En orden al gran frente de batalla, la presión sobre un punto se neutraliza, en general, mejor y más pronto, no por el refuerzo directo, sino por un contra-ataque en otro lugar, con preferencia alguno de verdadero interés para el enemigo; según este principio dirigirán sus operaciones tanto el comandante en jefe como sus subordinados, todos los cuales se mantendrán entre sí en constante comunicación.

Además de dirigir y vigilar la ejecución de los movimientos, el comandante en jefe y los demás generales atenderán con interés á lo concerniente á la administración; una parte de los cuarteles generales se ocupará en organizar el abastecimiento de municiones, evacuación de heridos, distribución de víveres y agua, porque de todos estos servicios depende en gran parte el éxito.

Continuando la batalla, los dos bandos consumen gradualmente sus fuerzas hasta que las de uno de ellos se agotan, ó un descalabro en un punto determina la retirada general, ó una parte del ejército es envuelta por el enemigo.

Sin embargo, una batalla puede tomar otra forma, si uno de los partidos se atrinchera y aguarda al otro; entonces, tanto los preliminares como los detalles se apartan más ó menos del ejemplo considerado.

El empleo de la caballería estratégica, y aún de la de protección, no serán probablemente muy diferentes, pero el desarrollo de la acción en las demás fases dependerá de si el defensor cubre su posición con vanguardias y ocupa falsos frentes, ó si se ciñe á destacar una débil línea de avanzadas.

Las ventajas del primer método estriban en debilitar y obligar á desplegar prematuramente al enemigo; el inconveniente es que el defensor comienza la batalla con la desventaja moral de retirar una parte de sus fuerzas, que pueden ser perseguidas por el ofensor hasta la posición atrincherada.

Si se adopta el primer método, las primeras fases de la batalla pueden desarrollarse como se ha dicho, salvo que, en cuanto el defensor queda estacionario, ó aún antes de la retirada preliminar, no será difícil al ofensor apreciar con exactitud la situación.

En el segundo caso, el comandante ó comandantes de las vanguardias habrán de empeñar sus tropas con mucha circunspección, para no ser batidos en detalle.

Así que la artillería é infantería del defensor estén en las posiciones cubiertas natural ó artificialmente, y tengan medidas las distancias, el atacante se verá obligado á obrar con vigor á la vez que con discreción.

Pero las unidades, de un partido, que emprendan movimientos envolventes ó flanqueantes, y las que ejecuten, en el otro bando, los contra-ataques, podrán adoptar métodos análogos á los que se emplean en el caso de que los dos ejércitos marchen al encuentro el uno del otro.

Con respecto á la ocupación de una posición, no hay que olvidar que los puntos demasiado inaccesibles—bien por sus caracteres naturales ó por el arte del ingeniero—perjudicarán á sus ocupantes, porque si bien el atacante no podrá tomarlos, tampoco al defensor le será fácil salir de ellos, y entonces el primero podrá entretener al segundo con un mínimo de fuerzas é impedir que la guarnición de aquéllos se empeñe en otros lugares.

Es dudoso, por lo menos, que los contra-ataques puedan ejecutarse desde posiciones fortificadas.

A veces, el ofensor, persiguiendo á las fracciones que han efectuado un contra-ataque, ha conseguido sentar su planta en puntos antes tenidos por inexpugnables.

Desde otro punto de vista, una resistencia demasiado pasiva arruina la moral del defensor y se opone á que se aprovechen los errores del atacante.

Por consiguiente, la decisión dependerá de las circunstancias del momento; pero parece indudable que no ha de permitirse al ofensor reunir tropas dentro de la distancia de asalto, ni establecerse, sin una reacción que lo impida, en el terreno conquistado.

No es fácil resolver de plano si todas las tropas disponibles han de tomar parte en un contra-ataque local, ó si éste ha de ejecutarse por los sostenes y reservas, sin el apoyo directo de las tropas que están en la línea de fuego.

Si se adopta el primer método y fracasa el ataque, no quedarán tropas para oponerse á la persecución del enemigo; en la segunda hipótesis, el descalabro puede sobrevenir por falta de fuerzas, y la línea de fuego puede ser dispersada inmediatamente después.

La actitud de los comandantes, cualquiera que sea su jerarquía, no diferirá de la recomendada para la batalla de encuentro. El defensor, sin embargo, poseerá la ventaja de haber preparado con anterioridad á la acción todo lo concerniente al municionamiento y abastecimiento, evacuación de heridos, etc.

No hay batalla decisiva si no ha sido destruida una gran porción del ejército enemigo, ó se la ha dispersado en términos que se le reduzca á la impotencia durante algún tiempo. Estos resultados podrán obtenerse envolviendo todo el ejército enemigo ó una parte de él, ó bien por una efectiva persecución.

Cuando lo corona el éxito, el envolvimiento es decisivo sin más operaciones, pero una victoria de esta naturaleza demanda considerable superioridad de fuerzas. Si el éxito es parcial solamente, se gana una gran victoria, mas las tropas no quedan bien colocadas para la persecución, á causa de la situación de las alas, y se exponen los flancos á los ataques del enemigo, el cual, sin embargo, probablemente será incapaz de aprovecharse de la oportunidad.

Si fracasa el movimiento envolvente, el atacante ofrece uno ó los dos flancos á su adversario, y no cuenta con tropas de refresco para oponerse á una contra-ofensiva.

La persecución rara vez es efectiva, á menos que se emprenda por las tres armas, porque la artillería á caballo y la caballería, por bien manejadas que sean, difícilmente podrán habérselas con fuertes núcleos de infantería apoyados por cañones, salvo el que los infantes estén desmoralizados.

En una batalla bien combinada, toda la infantería disponible habrá sido, en general, empeñada; y tropas que han luchado enérgicamente es difícil que se encuentren en estado de realizar nuevos esfuerzos y hacer frente á nuevos peligros; por lo cual, la persecución efectiva solo es hacedera cuando el vencedor posee una gran superioridad de fuerzas.

Aunque la persecución sea posible y se arroje al enemigo fuera de su línea de comunicaciones, los frutos de la victoria no son tan inmediatos y seguros como cuando se ha envuelto al adversario, de suerte que á pesar de sus desventajas la última de esas maniobras será la que intentará con preferencia el más fuerte de los dos ejércitos.

La persecución indirecta, que se endereza á desviar la retirada del enemigo, debe de combinarse con la directa, y aquélla se ejecutará por la caballería vencedora, á condición de que los ginetes del ejército derrotado puedan ser dispersados.